

# Meditaciones sobre la transición socialista cubana

**René Márquez Castro**

*Profesor. Escuela Superior del PCC Níco López*

El debate que transcurre en el exterior y en nuestro país sobre la transición cubana se caracteriza por un tono agudo, oportuno y necesario para la praxis política y para las ciencias políticas y sociales.<sup>1</sup>

Desde los años 90, con la desarticulación del socialismo y el retorno a distintas variantes del capitalismo en las naciones que conformaron el «sistema socialista mundial», la temática de la transición ha sido más recurrente con su centralidad polisémica y adquirido en nuestros días un amplio espectro de resignificaciones para denominar los procesos ocurridos en diferentes escenarios. A la luz de sus experiencias, la transición cubana ha sido interpretada<sup>2</sup> mediante *paradigmas* inferidos de las denominadas «transiciones democráticas» de Europa, Asia y América Latina.

La polémica sobre la transición socialista cubana, plasmada en una abundante y variada literatura, estimula incursionar en las controversias sobre diversas problemáticas que pueden ser asumidas, desde un acercamiento primario, en las siguientes interrogantes:

1. ¿Qué correlatos expresan las interpretaciones y/o estudios realizados con *lo realmente transitado*?

2. ¿Cuáles son las posturas asumidas en relación *con el futuro y la perdurabilidad* de la transición socialista cubana?

## Renovación epistemológica de la transición socialista

Las posibles respuestas a esas interrogantes están interconectadas y entrañarían, de algún modo, una postura epistemológica que desahucie enfoques anquilosados que aún subyacen y a menudo son contraproducentes para la finalidad de proseguir pensando crítica y auténticamente —bajo el reclamo prescriptivo martiano de que «una época de transición exige grandes esfuerzos»—<sup>3</sup> respecto al presente en su complejidad, y hacia el futuro que nos depara, asumiendo los desafíos acerca de la sostenibilidad de la transición socialista cubana.

En el debate sostenido en los años 80 y principios de los 90 sobre la conclusión o no de la transición socialista cubana, así como en recientes publicaciones, se ha contribuido con valiosos enfoques epistemológicos,<sup>4</sup>

mientras especialistas cubanoamericanos, interesados en develar los significativos procesos internos, consideraban como hecho indiscutible que «pocos estudiosos de las ciencias sociales se adhieren a los preceptos del modernismo clásico con tanta firmeza, como los especialistas sobre Cuba»,<sup>5</sup> alegando que «ni el modernismo ni el marxismo clásico resultan adecuados»<sup>6</sup> para los estudios cubanos desde una perspectiva posmodernista.<sup>7</sup>

Esta consideración acerca de los paradigmas teóricos adecuados requiere ciertas precisiones de rigor, sobre la base de dos elementos fundamentales: en primer lugar, la propuesta es tan sugerente que implicaría sacrificar nuestra capacidad renovadora, de inspiración marxista, basada «en una posmoderna dialéctica de desconstrucción/reconstrucción o, en términos marxistas, de negación/superación de todo cuanto nos ha constituido y necesita de reacomodos, pero a favor de la constante y renovable realización del proyecto de modernidad socialista cubano».<sup>8</sup>

En segundo, dadas las razones para que nuestra alternativa revolucionaria resulte más eficaz, es pertinente reivindicar determinadas pautas —por cierto, relegadas algunas— del legado dialéctico y racional sobre el concepto de transición que deben ser justipreciadas, pues si bien este data del período de la racionalidad moderna,<sup>9</sup> se ha tornado uno de los símbolos más recurrentes de la *racionalidad* democrática burguesa y, al mismo tiempo, su expresión más extrema de *irracionalidad* en la historia de la democracia.

Es imposible prescindir de las nuevas condiciones civilizatorias objetivadas y su manipulación por el discurso mediático neoliberal y posmoderno, que moldea sujetos pasivos, acrílicos e irreflexivos. Por ello, todo sujeto revolucionario deberá distinguir la civilización tecnológica contemporánea de determinados discursos posmodernos que sustentan ideológicamente al neoliberalismo.

Las razones referidas demandan de todo sujeto revolucionario la búsqueda creadora, la previsión de los conflictos ineludibles y de nuevas correspondencias entre idealidad y realidad, incluida una reinterpretación estratégica de la dialéctica reforma-revolución.

Por todo ello, la intelectualidad cubana, desde una perspectiva ético-científica tiene derecho de continuar tributando críticamente a la renovación, a la tangibilidad e irreversibilidad, con propuestas para articular reformas integrales y racionales frente a los retos y desafíos socioeconómicos, ético-políticos y culturales que deparan la continuidad de las transiciones reales dentro del proceso:<sup>10</sup> se trata de estudiar su propia dinámica, las consecuencias de las medidas que se adopten, y la configuración de tendencias en los escenarios de la sociedad.

No es desdeñable el empleo que hace Marx del concepto de transición en varios sentidos, para develar formas específicas, y concretas de transiciones progresivas y/o ascendentes de una fase o de un modo de producción a otro cualitativamente superior, sin descartar la manifestación de *caos abigarrado de formas de transición*.<sup>11</sup>

Tampoco puede subvalorarse el sentido explícito en su célebre *Crítica del Programa de Gotha*, para acentuar un período prominentemente político interformacional capitalismo-comunismo, precedido por la revolución proletaria como época de tránsito histórico; es decir, el período de transición del capitalismo al socialismo y al comunismo que, desde una perspectiva realista, siempre he preferido llamar transición socialista tomando en consideración que Lenin denominó «socialismo» a lo que Marx denomina «la primera fase del comunismo», la que acarrea en todos sus aspectos el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede.

Lo cierto es que, inspirado en la dialéctica marxista, Lenin distinguió y focalizó la gradualidad transicional del capitalismo al socialismo y, justamente, su concepción de «una transición extraordinaria al socialismo», que después el Che le llamaría «impura», no siempre es captada en toda su significación jerárquica, por cuanto, desde el subdesarrollo, la construcción del socialismo «posible» y con «defectos» tiene que atravesar por un período extraordinario que no podía ser concebido por Marx.<sup>12</sup>

No obstante, a Gramsci le cabe el honor de haber sido el primer gran teórico marxista que pensó una estrategia política revolucionaria de «larga duración», tomando en cuenta las advertencias de Federico Engels en su «Introducción» a *Las luchas de clases en Francia*, de Carlos Marx. También Lenin había destacado la importancia para la política y todo el arte de la política, de la necesidad de contemplar los cometidos peculiares de cada uno de los tránsitos de «menor monta» y combinarlos en un solo movimiento transicional entrelazado.

Las anteriores razones le confieren a Lenin incursiones novedosas y concretas sobre fenómenos de destrucción y de creación política y cultural, íntimamente vinculados con el entrelazamiento de los tipos de economía y sus elementos predominantes, con la intención de despejar «¿qué significa la palabra transición? [...] aplicada a la economía»,<sup>13</sup> así como sus consejos para evitar «imaginadas definiciones escolásticas, artificiales y disputas estériles sobre palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo)».<sup>14</sup>

He ahí la importancia de retomar el espíritu leninista de que, para evitar errores teóricos, es decisivo subrayar que los maestros del socialismo no «recalaron en vano los largos dolores del parto de la nueva sociedad», que

«es también una abstracción que solo puede hacerse realidad mediante intentos concretos, imperfectos y variados de crear uno u otro Estado socialista».<sup>15</sup>

### **Reforma-Revolución: ¿ecuación intrínseca de la transición socialista?**

Como previsoramente subrayara Lenin, la complejidad radica en el análisis de *lo nuevo* que aporta cada forma específica de transición al socialismo en cuanto a la relación intrínseca reforma-revolución, que se despliega, sobre todo, después del triunfo del proletariado<sup>16</sup> para avanzar, en la medida de lo posible, y corregir críticamente toda desviación de la socialización y democratización que puedan ser generadas por la *unidireccionalidad* y las prefiguraciones *definitivas*, insistiendo en lo desacertado de la imaginación pobre y torpe que puede adoptarse de manera contraproducente en la praxis política.<sup>17</sup> Aunque difiero el análisis de las vicisitudes, por el sentido prevaleciente de las reformas revolucionarias<sup>18</sup> en la experiencia cubana, es oportuno recordar que

la revolución ha sido una dialéctica permanente de rectificaciones sucesivas a su propia obra, a las lógicas contradicciones que surgen en el devenir social, a los errores que se cometen en la conducción social, a los efectos no deseados de políticas justas, o sea, ver la revolución como un constante proceso de perfeccionamiento de la sociedad.<sup>19</sup>

Muy asociadas a las consecuencias negativas fueron las advertencias leninistas sobre la posibilidad de los saltos atrás o retrocesos parciales. Al respecto, Lenin había subrayado: «Imagínese que la historia universal avanza suave y ordenadamente, sin gigantescos saltos atrás en algunas ocasiones no es dialéctico, es acientífico, falso desde el punto de vista teórico».<sup>20</sup> Esta idea dialéctica, lamentablemente mutilada durante prolongado tiempo, significa que aunque el «curso de la historia es irreversible», parcialmente uno o varios países sí pueden retroceder. «¿Es irreversible o no el socialismo en un país? —se interrogó Fidel. Es absolutamente irreversible si se aplican los principios».<sup>21</sup>

No es casual que la problemática de la reversibilidad del socialismo fuera enunciada en 1980 tomando en cuenta la experiencia de los partidos comunistas de entonces y sobre la base de cuyo análisis el Partido Comunista de Cuba convocó a superar los errores cometidos por «inconciencia, incapacidad o ignorancia», razones que hoy más que nunca requieren audacia para comprender que «necesitamos muchas ideas bien claras y muchas preguntas [...] acerca de cómo se puede preservar o se preservará en el futuro el socialismo».<sup>22</sup>

De nuevo se reitera que si «en la práctica de la construcción del socialismo hay todavía mucho por

crear y muchos problemas por resolver»,<sup>23</sup> no podemos subestimar el hecho cierto de que las insuficiencias y errores cometidos en la búsqueda de la veracidad han dejado sus huellas, que lastran o pueden retrasar la consecución de un fin, por lo cual es indispensable la observancia y articulación de principios ético-políticos y cognitivos. Hoy es vital retomar la idea gramsciana de que «las incógnitas son más numerosas que los hechos conocidos y controlables, y cualquiera de esas incógnitas es capaz de derribar una inducción aventurada»,<sup>24</sup> esquemas o imágenes demasiado simples, formuladas por comodidad o juicios definitivos.

Lo anterior significa que la problemática de la comprensión del régimen de transición socialista implica una dinámica contradictoria entre los ideales-objetivos trascendentes modelados utópicamente mediante estrategias políticas que conduzcan a la creación de nuevas realidades sobre bases de la democratización de la sociedad en la que debe ser revolucionada a fondo la cotidianidad de la vida material y espiritual. Su complejidad radica en el proceso de socialización que deberá intensificarse y perfeccionarse cada vez más, proceso que debe ser regido por instituciones sociales y políticas en régimen de libertad, organizadas y controladas creciente y sostenidamente por la mayoría de los ciudadanos.

De ahí la justeza de comprender la transición socialista como un cambio cualitativo *epocal* si tenemos en cuenta la naturaleza intrínsecamente compleja, no lineal, multilateral y prolongada, cuyo progreso contradictorio y conflictual, signado por la fuerza de la subjetividad,<sup>25</sup> atraviesa por momentos de avances y de retrocesos intercalados que exigen correcciones sobre la propia marcha de la sociedad. Esta no puede prosperar sin la primacía de la conducción política con profesionalidad sostenida y no está exenta de la posibilidad de errores e insuficiencias en la búsqueda de la veracidad, asociada al aprendizaje propio de todo camino ignoto.

Tal dinámica rítmica y secuencial de los resultados puede presentar una «crisis de transición»<sup>26</sup> cuando los síntomas críticos tiendan a la auto-reversión por causas objetivas-subjetivas tan profundas como la inercia mental y la inflexión políticas, conducentes a la rutina, al esquematismo y a la autocomplacencia por logros y objetivos alcanzados.

Por tanto, si el futuro es parte y contraparte del presente, las posturas cerradas son, para la toma de decisiones políticas, contraproducentes, frente a los imperativos de proseguir un camino revolucionario a fin de superar alternativas ya muertas que siembran la incertidumbre y la desesperanza. Pero para llevar a cabo tal colosal y prolongada tarea de tránsito histórico al socialismo y al comunismo se requerirá adherirse a las

potencialidades de los ideales, la utopía y el realismo político.

## Transición y construcción socialista: ¿identidad en la diferencia?

La deseabilidad de proseguir transitando desde esta perspectiva para desplegar creadoramente las potencialidades justifica distinguir transición y construcción, pues no son términos absolutamente idénticos. Transición es construcción cuando el recorrido progresivo o ascendente es sostenido, cuando la eficiencia y la eficacia institucional prevalecen frente a vicisitudes, retrocesos y extravíos que debilitan, y retardan la faceta creadora y constructiva de la transición.

Las razones de rigor hasta aquí expuestas sobre determinadas pautas epistemológicas que favorezcan una constante y renovable proyección de la transición socialista, permiten hacer un paréntesis para formular definiciones operacionales que pueden ser objeto de intercambio y enriquecimiento.

Primero, la transición socialista como totalidad de transiciones o tránsitos (socioeconómicos, espirituales y culturales) entrelazados e interdependientes, expresan sus conexiones a través de la prominencia de las relaciones de poder y sus comportamientos políticos en los planos horizontal y vertical de las relaciones sociales concretas.

Segundo, la totalidad de los procesos positivos entrañan, en determinada medida, lo negativo en sí; es decir, lo que como parte del proceso debe desaparecer, lo positivo muerto. En estos procesos, la subjetividad, como la más poderosa fuerza objetiva, resulta decisiva para impedir el caos y la regresión mediante la constante y creciente creación cualitativa.

Tercero, es significativo reconocer con indeseado realismo que si toda transición contiene potencialmente su auto-reversión, esta posee como contraria la creación o la construcción en tanto faceta más desafiante del progreso y de la perdurabilidad de la transición socialista. Se reafirma como lo más arduo la eficiencia y la optimización de todos los medios y recursos que poseen una asociación significativa con el Estado de transición.

Cuarto, el socialismo debe ser una evolución cada vez más rica en valores colectivos cuyo proceso de socialización deberá perfeccionarse constantemente en régimen de libertad organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos; es decir, es una ideología y un movimiento con el anhelo democrático de la participación en el gobierno de la sociedad, con el liderazgo real y la hegemonía del Partido,<sup>27</sup> lo cual implica

continuar esclareciendo la comprensión de los roles complementarios, pero diferentes, que deben desempeñar el partido y el Estado.

## La transición cubana: entre visiones apodícticas y realistas

Retomando la idea sobre lo adecuado que resultaría realizar los estudios cubanos desde una perspectiva posmodernista, es curiosa la propuesta teórica de que, en aras del entendimiento para «todos los cubanos», la transición democrática entrañaría «sacrificar algunos grados de soberanía con vista a encauzar una convivencia nacional menos tensa», así como revisar el pasado para tomar conciencia de nuestra «pobreza» en materia de democracia y de soberanía si nos comparamos con otros procesos transitados, y que se adopte definitivamente la «inevitable transición democrática y de economía mixta», a través de «una alternativa al gobierno cubano que articule un nuevo discurso nacionalista y de justicia social, pluralista y tolerante».<sup>28</sup>

Se infiere la valoración ahistórica como sustento de la reducción conceptual de transición a regresión, y se nos presenta la llamada transición democrática hacia el capitalismo en la «Cuba que aún puede ser», o el «cambio inevitable»,<sup>29</sup> mediante la *renuncia* a la experiencia revolucionaria con una reiterada «promoción democrática», con la finalidad de exhortar una «transición política» donde el tema democracia constituye una variable más y no un fin en sí mismo.

Con sus esfuerzos interpretativos y el sentido apodíctico de sus propuestas, algunos catedráticos han elaborado versiones marcadas por el escolasticismo con los artificios dicotómicos de la sucesión y la reconciliación a título de una visión teleológica de la «transición política» hacia una plena economía de mercado y un multipartidismo político electoral; es decir, regresar a los años 50 del siglo pasado, tildado de «período democrático y próspero» en la Ley Helms-Burton.

Si bien toda transición a la democracia constituye un proceso histórico-lógico, es irracional reducir la totalidad de la transición a su dimensión política sin el menoscabo de su preeminencia e ideal supremo de la sociedad moderna. Es bien conocido que la democratización comprende procesos con niveles y secuencias que desbordan la sociedad política, y presentan, generalmente, insuficiencias, problemas, dilemas o desafíos que nos previenen de los enfoques teleológicos.

Resulta pertinente demostrar que el concepto de transición democrática desde la visión posmodernista

y neoliberal se ha convertido en un concepto transgresor para designar toda dinámica, pacífica o violenta, o preferiblemente cualquier cambio de régimen que simbolice la perpetuación de la democracia burguesa, así como la negación de todo proceso revolucionario. Sin embargo, en sentido contrapuesto es interesante el punto de vista<sup>30</sup> según el cual el concepto de transición, para los cubanos, se renueva con el propósito de marcar la profundidad, el deseo e intención de revitalizar el experimento socialista.

También se ha considerado que «explicar los procesos que, por buenas o malas razones, se han dado en llamar «transiciones democráticas» no podría significar, en ningún caso, que los tránsitos a la democracia se realicen mediante instituciones o procedimientos democráticos en sí, ni siquiera que sus actores se adhieran a ellos necesariamente».<sup>31</sup>

El hecho cierto es que, en condiciones de determinadas *democracias*, ha sido racional el empleo de otros medios, vías y procedimientos para generar una ampliación de la democracia política y social, pues «como es sabido, las revoluciones pueden ser decisivas para la conquista de la democracia, pero proceden de forma insurreccional y no según los procesos de la decisión democrática».<sup>32</sup>

Con toda justeza, sería beneficioso que los especialistas en estudios cubanos hurgaran en las razones *democráticas* que anularon la posibilidad de utilizar los medios legales para estructurar un programa con medidas para aplicarse en la sociedad de entonces,<sup>33</sup> e indudablemente se arribará al criterio de que el parto revolucionario de enero de 1959 fue el preludio de un proceso de doble tránsito: de la dictadura a la democracia y del capitalismo al socialismo. Se inauguró así una *transición inédita*, con ritmos y secuencias perturbadas en grado sumo por la agresividad y el bloqueo imperialista que durante casi medio siglo ha incidido negativamente en materia de logros y de derechos humanos que incuestionablemente hubieran sido superiores.

La *transición socialista* cubana comenzó por anular el régimen dictatorial y superar una democracia representativa-entreguista mediante el rescate de la tradición democrática radical enraizada en la historia cubana, enlazada con el movimiento revolucionario de los años 50 del siglo pasado, y en que fragua la identidad entre patria, revolución y socialismo como pilares de la ideología revolucionaria cubana.

Aun cuando no debemos subestimar la presencia de incongruencias, desproporciones e insuficiencias, es ineludible reconocer la profunda transformación social operada desde los años 60 hasta mediados de los 70,<sup>34</sup> como un proceso verdaderamente de tránsito, necesario para poder instaurar una naciente institucionalidad

democrática regida por la norma perfectible de la indivisibilidad del poder del pueblo. Este constituye la autoridad máxima y la fuente permanente del consenso, de la legitimidad e incluso de la revocabilidad de sus representantes. De otra parte, fueron desterradas para siempre prácticas como el clientelismo, el fraude, la falsedad de los compromisos electorales y otras manifestaciones que deslegitiman el ejercicio de una real gobernabilidad democrática.<sup>35</sup>

No debe subvalorarse el hecho de que la constitución, en octubre de 1965, del Partido Comunista de Cuba demostró una gran lección de historia. Su formación sintetizó la unidad política forjada en el crisol de la lucha, así como la capacidad para disuadir imposiciones y procesos sectarios. El espíritu de responsabilidad prevaleció por encima de posturas oportunistas y microfraccionarias en los años 1967-1968, definitivamente superadas.

Con la experimentación de estas nuevas alternativas políticas, la conjugación democracia y socialismo estructuró nuevos vínculos entre sociedad civil y sociedad política, así como relaciones contradictorias de dirección entre dirigentes y dirigidos, entre representación y participación como polos portadores de la progresión de la conciencia y la cultura ciudadanas.

Es pertinente significar el valor jerárquico de las transiciones ideopolíticas en el conjunto de los procesos transicionales. Su preeminencia es decisiva entre los procesos de la espiritualidad y, de manera especial, en lo tocante a las relaciones y comportamientos políticos que se expresan en la estructuración de los partidos políticos.

## Miradas a los retos y desafíos actuales

Sin la pretensión de formular recetas políticas ni negar experiencias venideras, es muy significativo que la génesis del monopartidismo político fue un producto histórico de la languidez del pluripartidismo, y sobre todo de la reproducción de un consenso activo en torno a la unidad durante el camino desbrozado. Las lecciones derivadas del aprendizaje han generado nuevos retos a su legitimidad.

En la actualidad, está muy difundida la creencia de que el vínculo socialismo-Partido está clausurado para la historia y, por supuesto, para la alternativa cubana constituye un desafío que requiere del aporte cotidiano y fecundo, mirando hacia el futuro de las exigencias en los procesos de democratización, de todas las instituciones sociales.

La creencia de que el socialismo es la única alternativa viable de desarrollo humano exige interrogarnos persistentemente cómo hacer más coherente el

**Una planificación democrática es genuina en la misma medida en que involucre al pueblo, con sus criterios, y contribuya crecientemente a la toma de decisiones en su beneficio frente a toda influencia de intereses burocráticos que retardan el progreso social.**

funcionamiento de las instancias estructurales del sistema político. Hoy es más necesario continuar delimitando «con precisión, con claridad, las funciones del Partido y del gobierno y de los órganos de la administración»,<sup>36</sup> porque la irrevocabilidad del socialismo, refrendada constitucionalmente, demanda procesos de socialización y de cultura política ciudadanas, que continúen legitimando la democratización cubana.

En respuesta a problemas tan relevantes, es urgente priorizar las funciones del Estado de transición como institución «absolutamente imprescindible», y asociado a ello «hacer desaparecer [...] las ineficiencias del Estado que los revolucionarios no hemos sido capaces de construir mejor»,<sup>37</sup> en grado sumo, porque las funciones gubernamentales y administrativas requieren ser revisadas con urgencia para su perfeccionamiento institucional.

Uno de los retos consiste en remodelar la economía contando con los requerimientos del mercado internacional, y maximizar la eficiencia de los vínculos con este en el plano nacional, y también reexaminar las regulaciones del mercado con la propiedad social, ya que es indispensable superar carencias e insuficiencias culturales en materia contractual, de control y prevención por el conjunto de la sociedad.

Este dilema significa el vínculo del mercado con la intervención estatal y precisa de una planificación integral ajena a manifestaciones de autoritarismo y verticalismo. Una planificación democrática es genuina en la misma medida en que involucre al pueblo, con sus criterios, y contribuya crecientemente a la toma de decisiones en su beneficio frente a toda influencia de intereses burocráticos que retardan el progreso social.

Mirando hacia el futuro, cabe la interrogante de si la transición socialista debe concebirse con un mercado, hasta ahora inexistente, que se conjugue y complemente con la intervención estatal, en correspondencia con las finalidades sociales, observando rigurosamente los procesos de reestratificación social, tanto en su comportamiento a escala local como nacional.

La conjunción del mercado y el plan debe traducirse institucionalmente en una creciente y desafiante eficacia estatal en la conducción de «las relaciones monetario-mercantiles e incluso determinados elementos capitalistas» por el camino realista del «único socialismo

en Cuba ahora posible»,<sup>38</sup> como una problemática de dimensión tan utópica como el propio rediseño del proyecto de la transición socialista cubana, no exenta de dilemas axiológicos y morales que demandan una labor persuasiva que fomente la integración social.

Con toda justeza, aquí radica sobremanera la paradoja central en nuestra transición socialista: de un lado, afincada en el ideal de continuar conjugando democracia y socialismo, mientras en la práctica existe la emergencia de continuar superando la vieja dicotomía representación-participación para desplegar todas las potencialidades de la «parlamentarización» de la sociedad.

Conjugar democracia y socialismo no significa simplemente un acto de voluntad, sino, en todo caso, una ecuación complicada que en los procesos organizacionales de la economía subvierta los métodos burocráticos en el ejercicio de las funciones gubernamentales y administrativas; es decir, se trata de instituir una racionalidad económica horizontal y vertical que favorezca estructuralmente y fomente la articulación centralización-descentralización; es decir, que la eficacia institucional sea resultado de la coherencia entre las instancias locales y nacional, donde se ejercen las funciones de gobierno y de administración de las organizaciones, organismos y órganos estatales.

Cobra vigencia el reciente examen crítico del funcionamiento orgánico del Sistema Asambleario del Poder Popular,<sup>39</sup> que develó la reiterada persistencia de tendencias negativas en la función política que deben desarrollar especialmente las asambleas y comisiones, en su labor de control y fiscalización, como órganos supremos del poder estatal en los territorios, así como continuar propiciando la participación popular a todos los niveles. A ello tributará, seguramente, el traspaso generacional en el Parlamento recientemente electo como momento de transición democrática.

Conjugar democracia y socialismo significa también continuar reivindicando la cuota de participación en el ejercicio de la autoridad que les corresponde a las asociaciones y organizaciones que representan la sociedad civil cubana, mediante vínculos orgánicos con las instituciones gubernamentales, pues «cuando hay verdadero socialismo y por tanto democracia real,

florece la sociedad civil precisamente porque, lejos de estar contrapuesta al poder político, se integra con él». <sup>40</sup>

Si bien existe una intrínseca conexión conceptual entre participación y representación, esta última adquirirá sentido real cuando sus portadores sean inconformes con lo logrado y procuren explorar reservas aún no exploradas, de modo tal que las decisiones reflejen el activo consenso como resultado de la más amplia discusión y/o participación verdadera y sistemática en la dirección y el control de la sociedad. Solamente así será posible una autoridad legitimada. Lo representativo es premisa y condición indispensable de lo participativo, bajo el prisma del *pueblo eterno*; es decir, que la máxima autoridad no la poseen los elegidos sino los que eligen, <sup>41</sup> considerados no individualmente, sino como relación social, como sujeto real de los cambios necesarios, y garantes máximos del consenso y la legitimidad.

Una mirada a las cuatro décadas de la labor política e ideológica del Partido Comunista entraña reconocer la capacidad forjadora de la unidad nacional y un aprendizaje progresivo que, particularmente desde los años 90, viene evaluando su desempeño estructural y funcional ante la envergadura de fenómenos adversos y tensiones simultáneas que hoy demandan una producción intelectual y política más fecunda y prospectiva, mediante argumentos más articulados y racionales, en concordancia con las transformaciones de la sociedad cubana, sobre todo durante el último decenio.

Es incuestionable que la rutina, el esquematismo y otros hábitos asociados a comportamientos pragmáticos pueden, objetivamente, ser cómplices de la reiteración cíclica de problemas aparentemente nuevos que requieren ser abordados con mayor coherencia y sistematicidad desde el cuerpo prismático de la política. Por todo ello, el reconocimiento de errores viejos y nuevos no se contrapone al optimismo gnoseológico, sino es condición indispensable de la intencionalidad política del ritmo, secuencia, diferenciación e integralidad de las reformas que se adopten para continuar recuperando el progreso y la estabilidad en diferentes esferas de la sociedad.

La insatisfacción como norma de conducta de la profesión política es condición del pensamiento flexible que requiere emplear la indagación para penetrar en las relaciones y encontrar mediaciones en la compleja labor de la conducción política; también favorece aplicar con rigor y creatividad los valores extrínsecos de las ideas no como simple reiteración, sino con la asertividad que potencie y haga prevalecer el consenso en la pluralidad espiritual y política.

La política formulada en los años 90 en torno al auspicio del consenso hoy requiere rearticularla para

desahuciar definitivamente la ficticia unanimidad, así como los vicios en la fraseología tradicional, que favorecen una desproporcionada politización con tendencia a edulcorar la verdad revolucionaria y, por consiguiente, frena el avance y la necesaria función reguladora de otros valores ideológicos. <sup>42</sup>

El proceso de construcción cotidiana de la unidad como propósito político debe sustentarse en la real identidad responsable que demanda la comunicación transparente y la eficacia institucional para la legitimación sostenida del monopartidismo político por el «pluralismo creador». <sup>43</sup> Esta concepción debe corresponderse con una práctica política que favorezca la potenciación de la pluralidad de opiniones en el espíritu martiano: aunque la unidad de pensamiento, no significa la servidumbre de la opinión, es indudablemente condición indispensable en torno al consenso, a la participación efectiva y al éxito de todo programa político.

Ello implica esclarecer persistentemente que, aunque el Partido Comunista de Cuba no es un partido electoral, le corresponde el gran reto cultural y político de orientar y fiscalizar el cumplimiento del sistema de nominación y de elecciones institucionalmente regulado por normas ético-políticas establecidas en la Ley Electoral, así como coordinar y viabilizar las condiciones sociales. «Los partidos no se conservan en el gobierno si no tienen las manos limpias de interés y la raíz en la verdad». <sup>44</sup> Sin embargo, es urgente tomar conciencia de los déficits y lagunas en la formación cívica de los ciudadanos, dadas las carencias en la enseñanza y la divulgación sistemática de la Ley fundamental, reformada en 1992.

La transición revolucionaria convocada a nuevos cambios o reformas dialécticas y creadoras debe proseguir inspirada en el sentido martiano y marxista de la saludable crítica de sí misma, y repensar su propia obra, sin prejuicios y con serenidad, para proseguir, con optimismo intelectual y voluntad política, la colosal y prolongada tarea de la democratización socialista. Es por ello atinado insistir en la necesidad de la labor persuasiva y previsoras sobre la base de la creatividad, ante todas las necesidades que exigen métodos y estilos fecundos que influyan en el imaginario popular frente a los valores alienantes y a la subversión cultural.

Hoy es impostergable proyectar la mirada con mayor profundidad y lejanía. Para eso se requiere jerarquizar simultáneamente la creación de nuevas ideas, enarbolar nuevos objetivos y nuevos principios, apoyados en el amor fecundo y no estéril; por la dignificación humana y la justicia social, <sup>45</sup> sobre la base de que la fórmula socialista implica necesariamente la desigualdad justa de acuerdo con el aporte de cada cual, y lo que debe ser igualmente repartido.

Es legítimo nutrirse del legado martiano acerca del derecho que le asiste a los partidos de llenar las necesidades de la hora política mediante un estilo de fruto que debe sustituir al de alusión. «El mérito mayor del estilo es no usar palabra que no sea indispensable, y así se ve de realce toda la fuerza y belleza»<sup>46</sup> del discurso fértil e indispensable en la autoridad legítima, pues «lo primero en política, es aclarar y prever».<sup>47</sup> Si la previsión es obviamente un elemento del triunfo deseado, debe evitarse todo exceso. Solamente en la medida en que el aspecto objetivo de la previsión esté asociado a un programa, adquirirá objetividad.

Hoy es más urgente asumir el valor relacional de la intuición y de la intención política<sup>48</sup> pues jerárquicamente la primera implica, según Gramsci, la rapidez para vincular hechos aparentemente desconectados entre sí y para concebir los medios adecuados al objetivo de encontrar los intereses en juego, y suscitar las pasiones de los hombres, orientándolos hacia una sostenida eficiencia económica y eficacia social.

Tales exigencias en la profesión política presuponen deberes y desafíos éticos por ser catalizadora de síntesis continuas y necesarias para conducir el funcionamiento de la sociedad, ya que en sentido contrario, como subrayara Martí, se impondrían comportamientos malos, cuando se careciera de tales ingredientes y contenidos, a una legítima política revolucionaria que continúe tributando a la reproducción del ideal socialista como faro de los intereses progresistas de toda la nación con un sentido cabal de lo auténticamente cubano, con la finalidad de proseguir profundizando en las potencialidades que permitan seguir adentrándonos por senderos inéditos, y hallar las fórmulas prácticas para enfrentar los retos y desafíos hacia una más renovada, tangible e irreversible transición socialista en un contexto internacional caracterizado por las complejidades de la correlación de fuerzas.

## Notas

1. Entre las publicaciones más recientes que evidencian el debate se encuentran Velia Cecilia Bobes y Rafael Rojas, coords., *La transición invisible. Sociedad y cambio político en Cuba*, Ediciones Océano, México, DF, 2004; Jorge I. Domínguez, *Cuba hoy: Analizando su pasado, imaginando su futuro*, Colibrí, Madrid, 2006; Marifeli Pérez-Stable, ed., *Looking Forward. Comparative Perspectives on Cuban's Transition*, Colibrí, 2007; Jorge I. Domínguez, Omar Everleny Pérez, Lorena G. Barbería, eds., *La economía cubana a principios del siglo XXI*, El Colegio de México-The David Rockefeller Center For Latin American Studies, México, DF- Harvard University, 2007; Varios, «Sobre la transición socialista en Cuba: un simposio», *Temas*, nn. 50-51, La Habana, abril-septiembre de 2007, p. 126-62.

2. Desde 1991 la Asociación de Estudios de la Economía Cubana (ASCE) realiza reuniones anuales, cuyas memorias se titulan *Cuba*

*in Transición*, con énfasis en alternativas hacia el neocapitalismo. En 1993 el proyecto Transition in Cuba, dirigido por Lisandro Pérez, del Cuban Research Institute (CRI) en la Universidad Internacional de la Florida (FIU) ha incorporado numerosos especialistas en temas cubanos. Del 28 de julio al 1 de agosto de 1997 se efectuó el seminario «Cuba a la luz de otras transiciones» en la Universidad Complutense con la colaboración del Instituto de Estudios Cubanos y la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*. Con anterioridad, Jorge I. Domínguez abordó la transición política en Cuba, durante un curso de verano en agosto de 1995, en la referida Universidad, y en un Seminario en la Universidad de Trabajadores de América Latina, Caracas, Venezuela. Véase Jorge Hernández Martínez, «Revolución y emigración. Enfoques y percepciones en los estudios cubanos en Estados Unidos», *Contracorriente*, a. 3, n. 9, La Habana, 1997, pp. 56-69; Nelson P. Valdés, «El Estado y la transición en el socialismo: creando nuevos espacios en Cuba», *Temas*, n. 9, La Habana, enero-marzo de 1997, pp. 101-11; Jorge Hernández Martínez, «Cuba en los 90: Revolución y transición en los estudios académicos en Estados Unidos», *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, n. 31, La Habana, 2000, pp. 107-15; Nelson P. Valdés, «Los estudios cubanos en los Estados Unidos», en Rafael Hernández, comp., *Sin urna de cristal*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, pp. 231-40.

3. José Martí, «Bella literatura», *Obras Completas [OC]*, t. 15, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 26.

4. Véanse los números 35, 40 y 43 de *Cuba Socialista* y Fernando Martínez Heredia, «Transición socialista y democracia: el caso cubano», *Cuadernos de Nuestra América*, v. IV, n. 7, La Habana, 1987, pp. 76-115; Fernando Martínez Heredia, *Desafíos del socialismo cubano*, CEA, La Habana, 1988; *Cbe, el socialismo y el comunismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1989; «Transición socialista y cultura: Problemas actuales», *En el borno de los 90*, Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1990, pp. 182-94; Nelson P. Valdés, «El Estado y la transición...», ob. cit.; Carlos Cabrera Rodríguez, «La teoría de la transición al socialismo: algunas consideraciones sobre el proceso de su conformación y proyección actual», Thalía Fung Riverón y José L. Martínez Barroso, «Período de transición al socialismo: hipótesis y conjeturas» y Dolores Vilá Blanco, «Las reformas y su lugar en la transición al socialismo», en *Sociología política. Selección de lecturas*, t. II, Editorial Félix Varela, pp. 235, 241 y 259, respectivamente.

5. Marifeli Pérez-Stable, «The Field of Cuban Studies», *Latin American Research Review*, v. 26, n. 1, Baltimore, 1991.

6. *Ibidem*.

7. Damián J. Fernández, «Cuba y el mundo postmoderno: definición y redefinición», Ponencia presentada al Encuentro de la Asociación de Estudios Caribeños, La Habana, 22 de mayo de 1991, pp. 8-9; «Commentary: The Study of Cuba's International Relations: Some Postmodernist Challenges», *Cuban Studies Since The Revolution*, University Press of Florida, Gainesville, 1992, p. 137.

8. Paul Ravelo Cabrera, «Posmodernismo y marxismo en Cuba», *Temas*, n. 3, La Habana, julio-septiembre de 1995, pp. 58-68.

9. Es oportuno recordar el sentido dialéctico de transición en la noción hegeliana de «espíritu de época» en su célebre «Prólogo» a la *Fenomenología del espíritu*: «No es difícil darse cuenta, por lo demás, de que vivimos en tiempos de gestación y de transición hacia una nueva época. El espíritu ha roto con el mundo anterior de su ser allí y de su representación y se dispone a hundir eso en el pasado, entregándose a la tarea de su propia transformación». J. G. F. Hegel. *Fenomenología del espíritu*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, p. 12. Asimismo, Marx en su crítica a Hegel refiere el



carácter falso de «la categoría de la transición progresiva» respecto a los cambios, modificaciones y transformaciones en los ámbitos del poder, del Estado y de la constitución. Carlos Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, Editora Política, La Habana, 1965, p. 94.

10. Véase Nelson P. Valdés, «El Estado y la transición...», ob. cit.

11. Véanse los análisis en los Grundrisse sobre «la transición de la propiedad feudal de la tierra a otra renta de la tierra comercial, regulada por la producción capitalista [...] y por otra parte la transición de esa propiedad feudal de la tierra a la propiedad campesina». También hace referencia a «la transición del valor de cambio simple y de su circulación al capital»; más adelante asevera: «la transición de la propiedad de la tierra al trabajo asalariado» será «una doble transición al trabajo asalariado: positiva y negativa». *Fundamentos de la crítica de la economía política*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, pp. 159-197. Asimismo, en *El Capital* Marx se refiere al «tránsito de la forma general del valor a la forma dinero» y a la «transición de la moderna manufactura y del trabajo moderno a domicilio a la gran industria. Cómo se acelera esta revolución mediante la aplicación de las leyes fabriles a dichos sistemas de trabajo», señalando varios ejemplos de esta transición en la producción. En otro momento, destaca: «La transformación del tipo social de explotación, producto obligado de la transformación experimentada por el instrumento de producción, se opera a través de un caos abigarrado de formas de transición [...] Sin embargo, esta abigarrada variedad de formas de transición no oculta la tendencia hacia la transformación de estas industrias en verdaderas fábricas». Al respecto, ejemplifica con las imprentas inglesas donde «se aplicaba antes a los aprendices un régimen de transición, que los hacía remontarse desde los trabajos más simples a otros más complejos, régimen tomado del sistema de la antigua manufactura y de los oficios manuales». Carlos Marx, *El Capital*, t. I, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1962, pp. 36, 421-35.

12. Román García Báez, «Mesa redonda: Lenin», *Paradigmas y Utopías. Revista Trimestral de Reflexión Teórica y Política del Partido del Trabajo*, n. 7, México, DF, mayo-julio de 2003, p. 216.

13. Vladimir I. Lenin, «Sobre la economía actual de Rusia» (1918), *Obras escogidas [OE]*, t. 3, Editorial Progreso, Moscú, 1979, p. 604.

14. Vladimir I. Lenin, «El Estado y la Revolución», *OE*, t. 2, ed. cit., p. 371.

15. Vladimir I. Lenin, «Sobre la economía...», ob. cit.

16. Vladimir I. Lenin, «Acercas de la significación del oro ahora y después de la victoria completa del socialismo», *OE*, t. 3, ed. cit., pp. 669-75.

17. Al respecto Lenin señaló: «no podemos dar una definición del socialismo; cómo será el socialismo cuando alcance sus formas definitivas, no lo sabemos, no podemos decirlo. Decir que la era de la revolución social ha comenzado, que hemos hecho tal y cual cosa y nos proponemos hacer tal otra, esto lo sabemos, lo diremos, y esto mostrará a los obreros europeos que nosotros, por así decirlo, no sobreestimamos en modo alguno nuestras fuerzas: he aquí lo que hemos empezado a hacer y lo que nos proponemos hacer. Pero en cuanto a cómo será el socialismo en su forma definitiva, eso ahora no lo sabemos [...] no tenemos todavía documentos que nos permitan definir el socialismo. Aún no se han hecho los ladrillos con los cuales se construirá el socialismo». Vladimir I. Lenin, «VII Congreso Extraordinario del PC(b) de Rusia», *Obras completas [OC]*, t. 36, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 70.

18. En el programa televisivo «Ante la prensa», del 19 de febrero de 1959, Fidel señaló: «Aquí hay que reformarlo todo, desde el campo

hasta la moral y las costumbres. Toda reforma es ahora revolucionaria», *Revolución*, La Habana, 20 de febrero de 1959.

19. Luis Suárez, «En Cuba reverdece la esperanza», *Pluma y Pincel*, a. III, n. 136, Santiago de Chile, 1991, p. 48.

20. Vladimir I. Lenin, «Sobre el folleto de Junius», *OC*, t. 30, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 6.

21. Fidel Castro, *Informe Central al II Congreso del Partido Comunista de Cuba*, Editora Política, La Habana, 1980, p. 123.

22. Fidel Castro, *Discurso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana* (17 de noviembre de 2005), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2005, p. 59.

23. Fidel Castro se interroga: «¿Acaso no hemos cometido errores? Sí, los hemos cometido. ¿Acaso podemos decir que hemos sido consecuentes en la aplicación estricta de todos y cada uno de los principios, que somos por tanto comunistas ejemplares, sin mácula ni errores, aunque éstos fuesen cometidos por inconciencia, incapacidad o ignorancia? No, estamos lejos de ello, pero la honestidad a toda prueba, la lealtad a los principios y la consagración al pueblo de los revolucionarios cubanos, está fuera de todo cuestionamiento. La estrecha vinculación de nuestro Partido con las masas lo hace muy fuerte, y la decisión consecuente de aplicar los principios lo hace invencible». Fidel Castro, *Informe Central...*, ob. cit., p. 124.

24. Antonio Gramsci, «Utopía», *Marx Ahora*, nn. 4-5, La Habana, 1997-1998, p. 13.

25. Acerca de los factores subjetivos como ingrediente o componente de la objetivación histórica, Fidel Castro subrayó: «Para mí los factores subjetivos tienen también una importancia enorme, y la propia historia no marcha linealmente, tiene avances, retrocesos, y de nuevo avances que se reanudan siempre intercalados con mayores o menores retrocesos». Fidel Castro, «Discurso de clausura del VIII Congreso de la FELAP» (12 de noviembre de 1999), *Juventud Rebelde*, La Habana, 28 de noviembre de 1999, p. 2.

26. Georg Lukacs, *El hombre y la democracia*, Editorial Contrapunto S.A., Buenos Aires, 1989.

27. Al respecto, Lenin planteó la siguiente paradoja: «Entonces no será la construcción del socialismo lo que hace una gota de agua en el océano, gota que se llama el Partido Comunista, sino la obra de todas las masas trabajadoras; entonces pensará el simple campesino: ellos me ayudan, y se vendrá con nosotros, y aunque este paso sea cien veces más lento, será, en cambio, un millón de veces más firme y seguro». Vladimir I. Lenin, «Discurso de apertura del XI Congreso del PCR(b)» (27 de marzo-2 de abril de 1922), *OC*, t. 33, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 99.

28. Marifeli Pérez-Stable, «Democracia y soberanía: la nueva Cuba a la luz de su pasado», *Encuentro de la Cultura Cubana*, nn. 6-7, Madrid, otoño-invierno de 1997, pp.189-99.

29. En conferencia celebrada el 3 de agosto de 2007, sobre la transición y el futuro de Cuba, participaron como expertos del Diálogo Interamericano Dan Ericsson y Marifeli Pérez-Stable. En esa ocasión fueron analizadas las expectativas y opciones económicas cuando se produzca el «cambio inevitable que tendrá lugar en Cuba» que posibilitará la creación de un fondo de trescientos millones de dólares de ayuda a la empresa privada a partir de la iniciativa presentada por Tomás Bilbao, portavoz del Cuba Study Group. AFP, *Panorama Mundial*, Miami, 3 de agosto de 2007, p. 12.

30. Véase James Early, «Cuba's Post-Castro Revolutionary Transition», *Foreign Policy in Focus*, Washington, 10 de marzo de

René Márquez

2008. Early es director de Política de Herencia Cultural en la Institución Smithsonian y colaborador de *Foreign Policy in Focus*; miembro del Consejo de Administración del Instituto para Estudios de Política y miembro de la junta del proyecto Intercambio Cultural EEUU-Cuba.

31. Michel Dobry, «Las vías inciertas de la transitología», *Temas*, nn. 50-51, La Habana, abril-septiembre de 2007, pp. 16 y 23.

32. Jacques Texier, «¿Qué cultura para qué concepto de la política?», en *El futuro del socialismo. Coloquio internacional* (La Sorbona, 1991), Coediciones Letra Buena-El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993, p. 186.

33. En entrevista concedida a la prensa extranjera en 1967 (*Revista Política*, México, DF, 1967), Fidel Castro declaró: «Antes del golpe había estado pensando en utilizar los medios legales, el Parlamento, como un punto de partida desde el que podría establecer una plataforma revolucionaria y movilizar las masas a su favor; no como medios de llevar a cabo esos cambios directamente. Estaba convencido, entonces, que ello solo podría ser realizado por una vía revolucionaria». Y añadía: «Una vez en el Parlamento, quebraría la disciplina del Partido y presentaría un programa integrado prácticamente por todas las medidas que, desde la victoria de la Revolución, han sido transformadas en leyes». José Antonio Benítez, «Textos y contextos en vísperas del 26», *Granma*, La Habana, 25 de julio de 2008, p. 5.

34. Véase el análisis de la profundidad y el sentido de tales cambios y su trascendencia con la imagen de un tipo distinto de conducción y de ideales por restablecer de manera definitiva los derechos inalienables del pueblo cubano, en René Márquez, *Cubanología y Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 120-7.

35. Véase René Márquez, «¿Gobernabilidad vs. ingobernabilidad en el siglo XXI? Reflexiones desde la experiencia cubana», abril de 2003, disponible en [www.nodo50.org/cubasi sigloXXI](http://www.nodo50.org/cubasi sigloXXI).

36. Raúl Castro, *Intervención en la Asamblea Provincial del Partido en Ciudad de la Habana* (21 de noviembre de 1999), Editora Política, La Habana, 1999.

37. Fidel Castro, «Discurso de clausura...», ob. cit.

38. Raúl Castro, *Informe del Buró Político aprobado por el V Pleno del Comité Central del PCC*, Editora Política, La Habana, 1996, p. 45.

39. «Poder Popular. Examen crítico sobre su funcionamiento», *Granma*, La Habana, 8 de mayo de 2006, p. 3.

40. Ricardo Alarcón de Quesada, «Fragmentos del discurso en la sesión solemne de la Asamblea Provincial del Poder Popular de Matanzas» (29 de julio de 1999), en *Cuba y la lucha por la democracia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, pp. 52-3.

41. Al respecto, Martí sentenció la necesidad de validar que «el parlamento sea la copia legítima del pueblo que lo eligió». José Martí, «La cámara contra el tribuno», *OC*, t. 14, ed. cit., p. 364.

42. Véase «Discurso del Segundo Secretario del PCC Raúl Castro Ruz», *Granma*, La Habana, 20 de agosto de 1994, pp. 4-5. «Problemas candentes de nuestra actualidad revolucionaria (crítica a la dosis de apología de los éxitos, exigencia de la veracidad y objetividad en los análisis y erradicar, con categoría de mentira, al vicio político de apologetizar los logros y minimizar las deficiencias, conceder más peso del que realmente tiene a las dificultades de carácter objetivo, y darle menos dimensión de la que verdaderamente poseen a las de carácter subjetivo, las que dependen de nosotros mismos, de nuestras fallas, de nuestros errores o de nuestra incapacidad».

43. Véase «La democracia que defendemos», en *El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos*, Editora Política, La Habana, 1997, p. 60.

44. José Martí, «Los demócratas pierden campo», *OC*, t. 11, ed. cit., p. 128.

45. Véase Fidel Castro, «Discurso en el 45 aniversario del asalto al Cuartel Moncada», *Granma*, La Habana, 29 de julio de 1998, p. 12.

46. José Martí, «Fragmentos», *Obras Completas*, t. 22, Editora Política, La Habana, 1963, p. 303.

47. José Martí, «Congreso Internacional de Washington», *Obras completas*, t. 6, ed. cit., p. 46.

48. Sin obviar el reconocimiento de que la política «es una mezcla de ciencia y de arte», Fidel Castro pondera desde una perspectiva científica y política que dicha mezcla contiene «más de arte que de ciencia», coincidiendo con la perspectiva gramsciana del valor de la intuición política. Fidel Castro, *Discurso de clausura del V Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo* (14 de febrero de 2003), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2003, p. 50.

© TEMAS, 2009